

# Estructuración psíquica y actualidad de lo sexual<sup>1</sup>



LAURA VERISSIMO DE POSADAS<sup>2</sup>

Han pasado ya veintiocho años desde que el pluralismo teórico hizo su entrada oficial al psicoanálisis (Wallerstein, 1988). El presente trabajo no pretende realizar un balance exhaustivo, sino apenas una contribución parcial a fin de tender puentes de discusión entre «mundos» que parecen funcionar en paralelo dentro de la comunidad psicoanalítica.

En cada uno de ellos aparecen, tal vez con demasiada frecuencia, conceptos supuestamente nuevos con los que se daría cuenta de hallazgos clínicos supuestamente novedosos. En ocasiones resultan formulaciones felices que revelan mejor aspectos sustanciales, ya sea de la teoría, de la función analítica o de la dirección de la escucha. En otros casos, se trata de términos cuya trayectoria ha demostrado que poseen fuerte poder convocante, pero que en su uso —y en la fundamentación de su carácter innovador— dejan de lado conceptos centrales del descubrimiento y la teorización fundantes de nuestra práctica como analistas.

A este panorama agregamos la declaración de obsolescencia de autores como Freud, Lacan, Klein o Winnicott, a quienes algunos reconocemos aportes *imprescriptibles*, siempre que volvamos a ellos para interrogarlos

- 1 Trabajo presentado en el VI Congreso de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, «Desafíos del Psicoanálisis Contemporáneo», Montevideo, 2010. El texto original ha sido ampliado para su publicación en esta RUP.
- 2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. lauraver@adinet.com.uy

una y otra vez, y no para «comulgar» con sus propuestas como si de verdades reveladas se tratara.

Las reflexiones y preguntas contenidas en la convocatoria para este número de la Revista Uruguaya de Psicoanálisis me incitaron a la escritura de este texto.

#### ESTRUCTURACIÓN TENSADA POR EL CONFLICTO

Por más que cambien los modos de relacionamiento y de organización de los humanos, siempre la inerme cría necesitará de otro que la entienda e interprete, como Freud lo señala ya en su texto considerado *preanalítico*, el «Proyecto de una psicología para neurólogos» (1895/1988).

Aún sin haber establecido bien el campo que delimitará progresivamente y todavía no desprendido de su formación como neurólogo y las exigencias del positivismo, Freud escribe un trabajo acorde a los requerimientos científicos de su época, trabajo del que renegará más tarde, oponiéndose a su publicación. Por suerte, fue contrariado, porque aunque su título hoy nos haga reír —no queremos una psicología (¡justamente!) ni convertirnos en neurólogos—, es de allí que recogemos piezas fundamentales del edificio teórico freudiano que pueden ser reensambladas una vez que quedan desprendidas de los anclajes en la biología y el positivismo, a veces explícitos en su obra, pero sobrepasados en otros momentos de la misma.

Descubrimos ya allí la presencia de *modelos* en los que está firmemente establecido el lugar del semejante a cargo del niño, quien, al sostenerlo en su desamparo inicial, promueve las primeras inscripciones psíquicas.

Varias escuelas psicoanalíticas postfreudianas se han desarrollado apoyadas en la desestimación de este temprano enfoque. Esto lleva —como se ve en algunos materiales clínicos— al mantenimiento de la perspectiva intrapsíquica. El analista parece permanecer por fuera, describiendo *mecanismos* (proyección, introyección, expulsión), mientras queda en un plano relegado la participación del otro de la historia del sujeto y sus respuestas, así como las del otro de la historia del análisis. Ese «otro/Otro» (Casas de Pereda, 1999) que siempre hace estructura y es conflicto, que es «alternadamente el veneno y el remedio. En la alternancia de presencia y ausencia puede abismarnos en la nada o volvernos a la vida» (Millot, 2014, p. 18).

Otras perspectivas —como el llamado «retorno a Freud» impulsado por J. Lacan—, por el contrario, ponen el énfasis y profundizan en la perspectiva de un psiquismo estructurándose con y desde otro.

Quisiera proponer que aun quienes nos inclinamos por esta perspectiva no hemos extraído, plenamente, las consecuencias de este recentramiento teórico en el que la participación de ese otro/Otro significativo, deseante y modelo identificatorio, adquiere tal relieve que podemos afirmar que no hay marca psíquica posible sin su mediación. Ya no sería aceptable, por ejemplo, aquella definición del Yo como «proyección mental de superficie» (Freud, 1923/1979). Implica una relación directa mente-psiquis, fuerte en la época de Freud, pero caduca en nuestra perspectiva actual. En esta caen aquellas nociones que inducían a pensar el psiquismo como endógenamente constituido. La idea de un *narcisismo primario* parece difícilmente sostenible y el autoerotismo es problematizado; en tanto, aun en las manifestaciones que describimos así, es su función en la economía psíquica y su correlato fantasmático a lo que apuntamos en nuestra escucha; correlato fantasmático en el que el otro ocupa siempre un lugar, por ausencia o exceso, idealizadamente protector e inevitablemente persecutorio, como contracara inherente a la idealización, idea central de la enseñanza kleiniana que conserva plena vigencia; o bien en figuraciones favorables al proceso de estructuración psíquica, registro imaginario cuya movilidad se recrea a través de los avatares del proceso analítico.

A partir de los primeros encuentros entre el *infans* y su madre, que involucran cuerpo(s) y lenguaje(s), el desencuentro —la dialéctica presencia-ausencia— produce efectos que hacen a la trama narcisista y edípica del niño, la que se seguirá entretejiendo a lo largo de la vida; ausencia, falta, espacio virtual, cuna de la metáfora gracias a la que cada sujeto es habilitado para crear (alucinar, soñar, pensar) como «alternativas al desamparo» (Viñar, 1988).

Es en esa asimetría estructurante que cada uno se hace —con otro— un sujeto para siempre movido por el extranjero, el que habla otra lengua, esa exilada de cada uno, que es el inconsciente; asimetría estructurante, también, del espacio en el que un análisis puede ser posible; para sostener estas afirmaciones y para «mantener viva nuestra conciencia del verdadero alcance de la revolución freudiana, vale la pena volver, de tanto en tanto,

a las bases, esto es a las preguntas más “ingenuas”, más “elementales”» (Žižek, 2003, p. 19).

¿Los conceptos fundamentales (*Grundbegriffe*) de este corpus teórico tienen vigencia para pensar y trabajar con la subjetividad humana cambiante y moldeada por los modos de intercambio y organización de nuestra época? ¿Podemos trabajar con ellos en el horizonte de nuestras inquietudes actuales y las formas de expresión del sufrimiento que en nuestra práctica jaquean tantas veces el encuadre llamado *clásico*? ¿Qué es lo sexual de que hablamos los psicoanalistas? ¿Qué es lo infantil que nos interesa en nuestra teorización y nuestra práctica?

La respuesta que cada uno da a estas preguntas, las opciones teóricas que elegimos —(que nos eligen), resultado de peripecias filiatorias y resortes inconscientes atravesados por el conflicto y la ambivalencia— no dejan de tener consecuencias en el posicionamiento en la clínica, en la escucha, en el modo de involucramiento y en la interpretación.

Me encuentro entre quienes consideran que la teoría de la sexualidad hoy no ocupa —como otros pretenden— el lugar de un fetiche o de una creencia que nos liga, religiosamente, al padre fundador, sino que constituye el eje de una concepción del psiquismo que descubrimos, una y otra vez, en nuestra práctica como analistas, en la experiencia con el inconsciente y la transferencia. En tanto teoría, no creemos en ella, porque no es un artículo de fe ni una cosmovisión confesional, sino un instrumento que queda en suspenso, en el encuentro con cada paciente, en tanto nos dispongamos a encontrarnos con algo inédito, siempre singular y siempre desestabilizante, tanto de nuestros referentes teóricos como de nuestra experiencia adquirida. En su ataque mediático al psicoanálisis, M. Onfray<sup>3</sup> lo define como «una de las religiones del siglo XX». Que alguno tenga una relación religiosa con Freud o con la institución no hace del psicoanálisis una religión si entendemos que lo que nos define es un modo de relación con la castración en todos los frentes: la aceptación de la finitud sin el recurso a promesas de trascendencia, el trabajo con la propia organización narcisista, el reconocimiento y el trabajo permanente con lo que se sustrae

3 Entrevista disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=CrGcl1-CjIM>

a la comprensión —del otro y de uno mismo—, lo que lleva a Lacan a poner el énfasis en entender («escuchar») sobre comprender («comprender»); es decir, escuchar, escuchar las producciones del paciente en transferencia para acercarnos a lo más ajeno y singular del otro, logrando apenas vislumbrar, siempre borrosamente, aquello inaprensible que llamamos lo real, que si toma alguna forma es porque las redes de lo imaginario ya lo han atrapado, moldeándolo en alguna de sus infinitas maneras, transformándolo en una escena.

Lo que nos hace psicoanalistas es, hoy y siempre, el trabajo con lo inconsciente, cuyo motor es «el deseo pulsionando siempre a su realización que se produce siempre a medias, siempre en menos, siempre como sorpresa o hallazgo donde menos se lo espera y siempre de modo fugaz, pronto a escabullirse, instaurando así la dimensión de la pérdida» (Lacan, 1987/1964, p. 38).

Cada pérdida actualiza lo que Lacan llama la falta-en-ser, con lo que subraya lo que en Freud está esbozado: la función estructurante del desamparo y lo que se pone en acto en la transferencia: «la realidad del inconsciente en tanto ella es sexualidad» (Lacan, 1987/1964, p. 181).

X. a veces deja al hijo de seis años dormir en su cama. Esto en algunas oportunidades se presenta como algo que su hijo le *impone*, incluso como amenaza, cuando se lo frustra («Ahora voy a tu cama»), situación que ella siente que no puede manejar (*el mensaje lo emite el receptor*). Otras veces, se presenta como algo que ella acepta: «El domingo me dijo que tenía insomnio, y lo dejé. No le conté a la psicóloga porque es como decir “he pecado”. ¡A él le cuesta tanto! A mí también, con el tema de que está teniendo insomnio. Me traje una bandeja... Él también quiso. “Tenemos que repetir esto”, dijo. Yo no siento nada... me gusta... Puede parecer madre-hijo como incestuoso, como algo que está mal, pero yo no lo siento así. Lo ideal sería que yo no estuviera sola; yo también dormía con mi madre a veces...». Le digo que F. (su hijo) es un varón. «¿Cuál sería la diferencia? Obvio que sé la diferencia...». Le pregunto: «¿Sabés? ¿O sabés solo lo obvio?». «Nunca estuve en la cabeza de un varón, me cuesta pensar que hay algo diferente más allá de lo físico entre hombre y mujer. Es una discusión que ya he tenido, si es cultural o hay algo más». Le digo que en esta microcultura en

la que está F., ella, como mamá, le dice que no hay diferencia entre varón y nena. Entonces, agrega: «Lo desconocés como varón», a lo que responde: «Nunca conviví con un varón, solo con R. [ex marido]; con mi padre no recuerdo convivencia...».

Nuestra escucha de lo inconsciente nos enfrenta a la persistencia, en X., de la teoría infantil de la no-diferencia y a la vigencia, en plena actualidad, de su no saber qué es una nena, qué es un varón.

Su constelación fantasmática pauta el modo de contacto con su hijo. La relación de X. con su padre mediatiza la relación y el lugar que da a su hijo y ha dado al padre del niño; doble circuito pulsando entre madre e hijo, circulación de punto de partida incierto, porque la erogeneidad pulsante emerge de cada uno y vuelve, dejando modos de satisfacción y marcas; pulsación cuya fuerza y sentido (Kristeva, 1993) rodean el objeto, ya concebido por Freud (1895/1988) como «inasimilable» «la cosa del mundo». Son sus predicados<sup>4</sup> los que hacen signo, respuestas productoras de efectos, tanto más tenaces cuanto más alejados de la conciencia. Inscritos de modos diversos, son pasibles de procesamiento, recomposiciones y resignificaciones.

¿Qué es un hombre, qué es un padre para X.? Padre cuya historia está plagada de silencios, con el que «no recuerda convivencia» porque tempranamente quedó separada de él y perdió contacto por largos años, así como con toda la familia paterna.

De niña, creía que debía evitar cualquier actitud o rasgo que lo recordara, como modo de asegurarse no ser como él y conquistar la aceptación de su madre y su familia, «bando» al que quería pertenecer y por el que quería ser amada.

En cuanto al padre de su hijo, del que está separada, reiteradamente lo desplaza convocando a su madre a las funciones que le corresponderían. A través del análisis, ha empezado a darle más lugar, aunque con reservas: «A R. no le pareció bien [regalarle al niño el celular que exigía y por el

4 En nuestro medio, debemos a Myrta Casas de Pereda (1999; 2007) haber llamado la atención sobre la importancia de estos tempranos aportes de Freud y haberlos desarrollado de modo fecundo.

que amenazaba con irse a la cama de la madre]; *no es que yo le haga caso a él, pero tiene razón*».

A los efectos de este trabajo, dejaré de lado ejes fundamentales del análisis con X. para detenerme solamente en lo que respecta a las preguntas planteadas anteriormente. X. expresa, como racionalización defensiva de aquello que desconoce de sí, la noción popular y prepsicoanalítica de la sexualidad casi restringida a lo genital, así como una concepción del incesto restringida al acto sexual<sup>5</sup>, como si incestuosos no fueran los modos diversos de apropiación del hijo, que obstaculizan su propio trabajo psíquico con lo imposible, con la falta, con la(s) pérdida(s). Con la función yoica de desconocimiento a pleno, X. explica la situación por el cuidado a su hijo en ocasión de su insomnio.

En la trama pulsional en la que se ha ido estructurando como sujeto, ella misma se ubica unida a la madre, figura idealizada, vivida como muy poderosa: «Dice que nunca le faltó pareja».

«El padre simbólico viene de la madre», dice Ph. Julien (1991). Sus palabras, por las que circula su deseo y su relación con la castración, devalúan y borran o abren a un otro, a un mundo más allá que el de ella misma y su hijo. Su propio aspecto físico la «delata» como hija del padre. Su rostro de fina belleza —siempre señalado en su familia como muy parecido al de él— me impresiona con algo de máscara, con cierta fijeza que le da un aire distante y algo de *imposición* al momento de saludarme. Dice ser tímida en la vida social e inhibida en situaciones de mayor exposición en su trabajo. Sus identificaciones y su estructura amorosa padecen de ese conflicto entre dominación y sumisión. Parece haber entendido que no debe darle existencia en ella a su padre, sino borrar cualquier huella de otro más allá de su madre, y de algún modo lo repite con su hijo.

La posibilidad de realizar un viaje por motivos de trabajo que implicaría separarse de su hijo, al que «dejaría con mamá porque el padre no se haría responsable», genera un sueño cuyo trabajo en sesión producirá, en la sesión siguiente, un lapsus: «me quedé pensando en la interpretación

5 Muy frecuente como producto de la difusión banalizadora de nuestra teoría, como se ve, por ejemplo, en las manifestaciones del ya citado M. Onfray: «Freud se quería acostar con su mamá».

de *tu* sueño». A este lapsus siguen, en el correr de la sesión, otros suyos y alguno mío, lo que me lleva a interpretarle: «Son dos que no se sabe qué es de cada una». Emergen recuerdos de infancia de una intensa erotización en la relación con su madre: «Me acordé de cuando dormía en la cama con mi madre; dormíamos cucharita. [...] un día íbamos caminando, se dio vuelta, quedó frente a mí, y yo le apreté las tetas. Se enojó. No sé por qué lo hice; irreconocible en mí». Más adelante dirá que «desde algún momento, el contacto corporal se cortó; ahora solo nos damos un beso».

Con una interrupción de mi parte en el horizonte del análisis, la angustia, que acompaña esta movilización transferencial, se intensifica. Dice: «Me siento rara, temerosa, insegura con respecto a mí y a F., con miedo de noche; si F. me dice que se siente mal, ya pienso si es indicio de algo mental». Viendo por televisión «Secretos compartidos» (la protagonista es una psicoanalista), queda ciega por unos segundos, experiencia que le produce terror.

Su sueño, su lapsus, su síntoma transitorio son realizaciones del inconsciente en tanto sexual, infantil y actual (Scarfone, 2004). Los *secretos* compartidos con su analista son vividos por ella como un encuentro erótico que la angustia. Pulsan, en transferencia, el deseo de tocar/apretar rasgos parciales, deseados y prohibidos que definen lo femenino y de los que quiere apropiarse. Como ya lo señalara Freud (1905/1978, p. 132) los sentimientos libidinosos del Edipo negativo son base de las identificaciones, a la vez que constituyen las fijaciones que hacen al origen de las neurosis y a sus aspectos más tenaces. Es desde ambas fuentes que pulsa el deseo de ver/espíar los *secretos* de la mujer/analista, a quien imagina como a su madre, dueña del poder y del saber sobre el sexo.

Un proceso analítico es instaurar —y soportar— esa condición incitante que es la transferencia en tanto movilizadora de nuevos y viejos empujes pulsionales. La resistencia acecha también al propio analista, tentándolo a la huida y a deslizarse hacia los atajos de las intervenciones pedagógicas, reaseguradoras del narcisismo —propio y del paciente—, pero que lo dejan ciego para lo que no sabe del Otro, del ajeno propio y del paciente.

«Eso otro» siempre actual, que insiste, que «no cesa de no inscribirse» (Lacan, 1987/1964); «inscripturas» (Verissimo, Ulriksen, Vázquez, Speyer y Liscano, 2006, pp. 186-188) en el cuerpo que se transcriben (o no) y que reescriben siempre una nueva historia que involucra a ambos, de la que



podremos saber apenas parcialmente, de modo siempre defectivo. Sus opacidades y restos nos enfrentan, una y otra vez, a lo que no se puede comprender, atrapar, realizar.

Esta aceptación implica una renuncia a un saber totalizador —con la herida narcisista tanto para analista como para analizando— y no responde solamente a una concepción teórica, sino que surge de la práctica. Cada analista junto con cada analizando son creadores/descubridores que quedan para siempre afectados por sus *hallazgos*, tal vez sobre todo por aquellos de los que ninguno de los dos podrá dar cuenta... ni elaborar un trabajo, ni producir un nuevo concepto. Es en ese margen de incertidumbre, en los momentos elusivos y fugaces, que el «oro puro» relumbra por un instante y cuando menos lo esperamos.

#### EL IMPERIO DE LO EFÍMERO

Recurro al título de Lipovetsky (1990) para retomar la discusión planteada al inicio respecto de la historia y el destino de los conceptos en nuestra teoría.

Los efectos de captura como resultado de conceptos seductores son un señalamiento planteado desde los orígenes del psicoanálisis. L. Kahn (2014) evoca que ya en 1920, en la primera editorial del IJP, Jones cuestionaba los *catch words* (lo que en español —rioplatense, al menos— llamaríamos *conceptos con gancho*). Kahn (2014) cita a M. Gribinsky (1996), quien alertaba respecto de una «domesticación insidiosa del psicoanálisis», y finalmente a L. Rangell (2002), quien advierte que la «liquidación» del *agieren* en beneficio del *enactment* deja el *après coup* fuera de juego; «llegamos a fin de cuentas a concebir una transferencia sin resistencia, donde los dos participantes son, en partes iguales, tomados por el “hacer”» (Kahn, 2014, pp. 38-39)<sup>6</sup>.

L. Kahn nos enfrenta a la actualidad y la vigencia de estos cuestionamientos. Considera que en la pretensión de un psicoanálisis «*de rostro humano*» se desacreditan la exigencia pulsional y la traza mnémica.

6 La traducción al español de todas las citas del original en francés de Kahn y de los textos citados en este fue realizada por la autora. (Nota del editor).

Así, la compulsión de repetición pierde su sentido y la asociación libre es sustituida por la «conversación libre». Agregaríamos que la asimetría, estructurante del campo analítico, quedaría arrasada. «En ese contexto se le confía al afecto el poder de sostener la experiencia viva de la sesión y de la cura en una implicación empática que los analistas llamados clásicos habrían, por así decir, ignorado» (Kahn, 2014, p. 39).

Es en soledad que cada analista ejerce su práctica; soledad que, como su formación, es visitada por múltiples voces (autores de distintas disciplinas, colegas, analizandos); pluralidad que habilita y, la vez, obliga a cada uno a un «trabajo» (*Arbeit*) en el que incidirán las marcas de su historia personal y formativa, que se espera que no cristalicen en adhesiones a conceptos de moda o en sometimiento a un magisterio o a una lengua hegemónica, sino que se constituyan como marcas móviles, abiertas a sucesivas resignificaciones y a una traducción/creación singular que preserve ese núcleo de constelación conceptual que articula lo inconsciente con lo sexual, el *après coup* y la transferencia; condición *sine qua non* de la temporalidad y el espacio en los que el psicoanálisis puede encarnarse en una práctica viva. ♦

## RESUMEN

Lo *actual* alude a nuestra contemporaneidad y sus rasgos dominantes, tanto en la cultura como en la pluralidad de teorizaciones en el movimiento del psicoanálisis. Alude también a la concepción psicoanalítica de la sexualidad indisociable del conflicto y de la de estructuración psíquica con y desde el otro, de la inermidad inicial. El trabajo apunta a abrir el debate. Propone interrogarnos sobre la pertinencia de mantener nociones tales como lo *intraprésico*, lo *endógeno*, entre otras, así como la pertinencia de *importar* otras nociones que arrastran hacia el psicoanálisis la carga de lo *observable*, las conductas y la conciencia, con el riesgo implícito de perdernos de nuestro objeto propio, los efectos de lo inconsciente, cuya marca mayor es lo infantil/sexual. Su sentido psicoanalítico aparece muchas veces desvanecido: la equivalencia entre sexualidad y genitalidad, la atribución al niño de una sexualidad propia del adulto y una noción de incestuoso restringida al acto sexual son algunos de los atoladeros que proponemos reconsiderar. A través de una viñeta, se intenta situar lo sexual como indisociable de lo infantil y la estructuración subjetiva, en tanto nociones centrales, en su *actualidad*, luego de un siglo de trabajo teórico y de puesta a prueba del psicoanálisis para pensar lo humano e incidir, en transferencia, en las determinaciones del sufrimiento psíquico.

*Descriptores:* PROCESO PSICOANALÍTICO / OTRO / ASIMETRÍA / PLURALISMO / SEXUALIDAD / MATERIAL CLÍNICO

*Descriptores candidatos:* ESTRUCTURACIÓN PSÍQUICA / OTRO

## SUMMARY

The *Present quality (Actual)* refers to our time and its main traits, both it in the realm of culture and in the various theorizations we can find in the psychoanalytic movement. It also refers to the psychoanalytical concept of sexuality, inseparable from the concepts of conflict, of the process of psychic structuring, both with and from the other, and of the original helplessness. The aim of this paper is to open a debate. It poses the ques-

tion of the pertinence of sustaining notions such as *intrapsychic* or *endogenous*, among others. It also questions the *import* of notions that drag onto psychoanalysis the burden of what is *observable*, behaviours and the conscious mind, which implies the risk of wandering away from our own object, the effects of the unconscious, whose main characteristic is the infantile-sexual. Its psychoanalytic sense frequently seems to fade: the equivalence between sexuality and genitality, the attribution to the child of a sexuality characteristic of the adult, and a notion of the incestuous restricted to the sexual act, some of the quagmires the paper attempts to reconsider. Through a clinical material, the paper tries to place sexuality as inextricably bound to the infantile and psychic structuring, as central notions, in their present quality, after a century of testing psychoanalysis as a theory and a method, in order to think about human nature and to exert an influence, in transference, on what determines psychic suffering.

*Keywords:* PSYCHOANALYTICAL PROCESS / OTHER / ASSYMMETRY / PLURALISM / SEXUALITY / CLINICAL MATERIAL

*Candidate keywords:* PSYCHIC STRUCTURING PROCESS / OTHER

## BIBLIOGRAFÍA

- Casas de Pereda, M. (1999). *En el camino de la simbolización*. Buenos Aires: Paidós.
- (2007). *Sujeto en escena*. Montevideo: Isadora.
- Freud, S. (1978). Tres ensayos de teoría sexual. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 7, pp. 109-222). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- (1979). El yo y el ello, y otras obras. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 19). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).
- (1988). Proyecto de una psicología para neurólogos. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 1, pp. 323-446). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1895).
- Gribinski, M. (1996). *L'étranger dans la maison. Le trouble de la réalité*. Paris: Galimard, 184-185.
- Julien, Ph. (1991). *Le manteau de Noé: Essai sur la paternité*. Paris: Desclée de Brouwer.
- Kahn, L. (2014). *Le psychanalyste apathique et le patient postmoderne*. Paris: Editions de l'Olivier.
- Kristeva, J. (1993). *Las nuevas enfermedades del alma*. Madrid: Cátedra.
- Lacan, J. (1987). *El seminario de Jacques Lacan, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1964).
- Lipovestky, G. (1990). *El imperio de lo efímero*. Barcelona: Anagrama.

- Millot, C. (2014). *¡Oh Soledad!* Barcelona: Ned Ediciones.
- Rangell, L. (2002). The theory of Psychoanalysis, vicissitudes of its evolution. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 50, 11-24.
- Scarfone, D. (2004). Sexual y actual. En *Sexualidad infantil y apego* (pp. 121-136). México: Siglo XXI.
- Veríssimo, L., Ulriksen, M., Vázquez, M., Speyer, D. y Liscano, C. (2006). Escritura, violencia y terror. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 102, 170-196.
- Viñar, M. (1988). Hilfflosigkeit, alucinar y pensar, alternativas al desamparo: Una lectura de la experiencia de satisfacción. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 67, 81-94.
- Wallerstein, R. (1988). ¿Un psicoanálisis o muchos? En *Libro Anual de Psicoanálisis*, 4, 1-15.
- Žižek, S. (2003). *Las metástasis del goce*. Buenos Aires: Paidós.